

Periférica publica 'Algunas formas de amor', una selección de cinco extensos relatos de la escritora inglesa

¿SUICIDIO? NO ES SEGURO. Charlotte Mew murió en Londres, a los 59 años, el 24 de marzo de 1928 tras beber un frasco de desinfectante de la marca Lysol. Su madre había muerto cinco años atrás de neumonía y su hermana Anne había fallecido de cáncer apenas un año antes. Las tres mujeres habían estado muy unidas y se habían cuidado entre sí en su casa de Bloomsbury. Charlotte, deprimida por la pérdida, había ingresado en una residencia. Antes de morir, la escritora tuvo tiempo de solicitar que le cortaran una arteria principal, pues quería asegurarse de que moriría desangrada y que no correría el riesgo de despertarse de repente dentro de su ataúd. Eso dijo.

El desinfectante Lysol era muy utilizado por entonces por los suicidas, pero también tenía, aparte de las funciones de limpieza, otras aplicaciones. Se empleó durante la epidemia de gripe de 1918, la llamada «gripe española», para desinfectar habitaciones en la creencia de que sus virtudes antibacterianas podían frenar la propagación de la enfermedad. Y, sobre todo, era utilizado por bastantes mujeres, mediante lavatorios vaginales, tanto para su higiene íntima como en forma de anticonceptivo poscoital, aunque las autoridades médicas desaconsejaron por completo tal uso.

Al parecer, y según he leído en fuentes bibliográficas inglesas, Charlotte Mew estaba convencida de que el cáncer que había matado



La poetisa inglesa Charlotte Mew. NATIONAL PORTRAIT GALLERY

GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES/542 CHARLOTTE MEW, UN CORAZÓN EN LAS TINIEBLAS



POR MANUEL HIDALGO

a su hermana Anne provenía del aire –o sea, como ahora, en parte– y se adquiriría con la mera respiración. Según eso, se tomaría unos lingotazos de Lysol para desinfectarse por dentro.

Charlotte Mew estaba trastornada. Toda su familia lo estaba. La finísima poeta y la maravillosa e inteligente cuentista que ahora descubrimos en *Algunas formas de amor* (Periférica) era consciente de que ella y sus hermanos padecían una enfermedad mental de origen hereditario. Por ello, Charlotte y Anne decidieron no casarse, para no extender el mal a sus hipotéticos hijos.

Charlotte Mew era hija de un reputado y adinerado arquitecto, Frederick Mew. Su abuelo materno era

arquitecto. Pero de nada sirvieron el desahogo económico y el ambiente cultural de su casa para frenar las desgracias. El padre, un hombre bastante tarambana, murió cuando ella no había cumplido los 20

UNO DELANTE LA NOVIA DEL DESIERTO'

A 'La novia del desierto' le habría venido mejor un estilo narrativo más fluido. Con una buena plantilla de 'road movie' y un esquema equilibrado entre el drama y la comedia, las directoras argentinas Cecilia

años. Tres de sus hermanos murieron siendo niños y otros dos fallecieron tras largo tiempo ingresados de en instituciones psiquiátricas: su hermano mayor, Henry, y su hermana menor, Freda, que le sobrevivió hasta 1958 sin pronunciar jamás una sola palabra.

El escritor y diarista Liborio Barrera nos recuerda en su excelente posfacio al libro que Charlotte fue «una mujer de baja estatura, pelo corto, que vestía traje de hombre a medida, llevaba un paraguas negro para defenderse del mundo, fumaba y decía tacos». Su indumentaria masculina no es ninguna definitiva prueba del nueve sobre su lesbianismo, pero su biógrafa Penelope Fitzgerald (la autora de *La librería*) señala que Charlotte, sin vida sexual activa, fue lesbiana y estuvo enamorada, sin hallar correspondencia, de las también escritoras Ella D'Arcy y May Sinclair, esta última destacada feminista y sufragista también.

Charlotte Mew publicó sobre todo poesía, unos 100 poemas aquí y allá, pero sólo un poemario: *The farmer's bride*. Como poeta tuvo sobrado reconocimiento tanto en

Gran Bretaña como en Estados Unidos, pero lo relativamente parco de su producción hizo que su obra quedara después en la penumbra de la historia. Sus cuentos apenas llegaron a 20.

Frecuentadora pese a sus achaques de tertulias y círculos literarios, su trabajo se desarrolló entre las postrimerías del naturalismo victoriano, el periodo eduardiano y la irrupción de los escritores modernistas. Mew, en tal sentido, gozó tanto del aplauso de un veterano maestro como Thomas Hardy como del reconocimiento de la hipercrítica y renovadora Virginia Woolf, con cuyo grupo de Bloomsbury nada tuvo que ver pese a vivir en el barrio.

De escritura sutil, elegante y penetrante, las cinco historias de *Algunas formas de amor* –varias escritas entre 1901 y 1905– tratan de lo que su título indica: variedades de las relaciones sentimentales, enclavadas en contextos familiares complejos, con frecuencia acechadas por la enfermedad y la muerte y siempre sometidas a las dudas y vacilaciones sobre el camino a tomar. Todos los relatos son excelentes, y la selección nos depara como cierre la sorpresa de una especie de comedia negra llena de humor, malicia y singular agudeza, lo que indica que Charlotte Mew no fue, ni mucho menos, una mujer atormentada a jornada completa, sino también muy capaz de ser divertida y chispeante.

Atán y Valeria Pivato han optado por subrayar ciertos estándares de intensidad contemplativa e introspectiva del cine de autor hasta incurrir en la afectación manierista. La historia de Teresa, una criada cincuentona que debe emprender un largo camino para iniciar una nueva vida,

propicia la creación de un mundo interior insondable que funciona mejor cuando se abre a la afable normalidad de El Gringo y de otros personajes de la carretera.

RETRATOS AMERICANOS GONZALO ROJAS TU NOCHE Y TU CUCHILLO



POR RAÚL RIVERO

EL CHILENO GONZALO ROJAS (Lebu, 1916-Santiago, 2011) le cantaba a la vida, a toda la vida y, por eso mismo, con sus versos, uno tiene la impresión de que anda de pronto metido en otra existencia y en otros enjuagues y que, además, conoce y reconoce amores, sentimientos y mujeres que nunca ha visto, ni verá ni ha sentido. Al final, el lector puede creer también que todas aquellas historias en las que se puede vivir y respirar se las está contando alguien que maneja las palabras como si tuviera una batuta invisible delante de una orquesta.

Rojas es una de las grandes voces de la poesía del siglo XX en Hispanoamérica y lo sigue siendo ahora en los rebrotes de sus cuadernos, las piezas que se escriben sobre su obra y en las resonancias de sus más de 50 libros publicados entre los que suelen mencionarse, con especial interés, *La miseria del hombre*, *Contra la muerte*, *El alumbrado y otros poemas*, *¿Qué pasa cuando se ama?*, *Poesía esencial*, *Trasntiempo*, *Latín Jazz* y *Las sílabas*.

El poeta, que estudió abogacía y trabajó como diplomático durante el Gobierno de Salvador Allende, realizó una intensa tarea como profesor en diversas universidades del mundo y recibió, en España, el primer premio Reina Sofía, en 1992. Después, en 2003, se le entregó el Cervantes.

A juicio del crítico estadounidense Marcelo Coddou, el bardo tuvo, hasta en los momentos más difíciles, el valor de defender la belleza, enfrentar maniqueísmos, gritar el goce de los sentidos y denunciar con nobleza las múltiples formas de miseria del hombre.

De toda la poesía de Gonzalo Rojas me gusta terminar su nota con estos versos que quieren ser alegres y son tristes: «*Siempre estará la noche, mujer, para mirarte cara a cara/ sola en tu espejo, libre de marido, desnuda/ con la exacta y terrible realidad del gran vértigo/ que te destruye. Siempre vas a tener tu noche y tu cuchillo, / y el frívolo teléfono para escuchar mi adiós de un solo tajo./ Te juré no escribirte, Por eso estoy llamándote en el aire/ para decirte nada, como dice el vacío: nada, nada.*»

PESE A SUS TRASTORNOS, NO FUE, NI MUCHO MENOS, UNA MUJER ATORMENTADA A TIEMPO COMPLETO, SINO TAMBIÉN MUY CAPAZ DE RESULTAR DIVERTIDA Y CHISPEANTE EN SU OBRA